

Si se tratara de aprender, la respuesta sería fácil: los maestros, los padres y madres, los profesores tienen que seguir estudiando toda su vida. Pero lo malo es rectificar lo aprendido. Caerse del burro. No acumular saberes, sino construirlos otra vez para hacer frente a las novedades de la vida

Cómo se educan los educadores

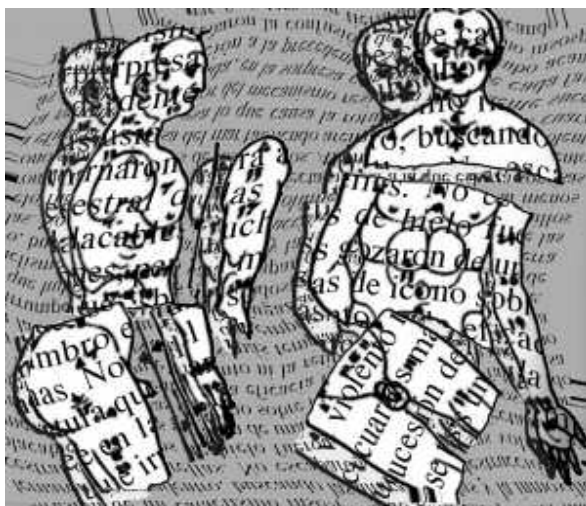
José Luis Corzo

La enseñanza y el aprendizaje no son la educación de las personas, sino, más bien, su domesticación. Si tanto insistimos en Educar(NOS) en esta diferencia es porque cuesta trabajo convencerse. De hecho, la educación se la entregamos muchas veces, demasiadas, a la enseñanza y, por debajo, hasta se nos cuela la ilusión de poder así modelar a los niños a nuestro gusto. ¡Son tan blandos! Hasta los políticos quieren arreglar todos los problemas con la enseñanza: la violencia doméstica, los accidentes de tráfico, el alcoholismo... Luego, semejante espejismo se desvanece de repente (gracias a Dios). En una misma familia y con las mismas enseñanzas cada hijo sale de una manera.

Esto nos sucede a los del gremio educativo: nos enseñaron el oficio, pero hoy no basta. Algunos logran escapar de su propia trampa profesional; otros se están ahogando en ella.

1. Educar no es domesticar

Enseñar, y hasta *domesticar* (integrar a otro en nuestra *domus*, casa), es una tarea muy necesaria en ciertas cosas de la vida, que no tenemos más remedio que aprenderlas. Pero nadie es el fruto completo de su aprendizaje. Ni los padres ni la escuela se pueden permitir, ni en broma (ni en burocracias), programar a sus hijos y a sus alumnos de antemano, según un modelo ideal previo. La fabricación de personas a la carta no debe ser un objeto del deseo ni debiera mencionarse ni traslucirse en la propaganda de selectas instituciones educativas ni en las mejores familias. Ser alumno de tal o cual centro de prestigio o ser hijo de los Tales y Cuales no será, al fin y al cabo, más que una parte insignificante de cada persona. Si en alguno de nuestros hijos o alumnos se lograra la mejor reproducción del ideal previsto, seguramente apreciaríamos más a los de personalidad más libre y espontánea. La educación en serie no es una buena idea, aunque sí lo es la ense-



ñanza obligatoria, pública y gratuita. Son cosas distintas.

Hoy, los profesionales de la educación estamos ante este reto: la sociedad nos exige enseñar, pero lo que necesitamos es cambiar. La confusión es grande.

2. El proceso educativo es existencial

Y es que la educación es un proceso dinámico, existencial, mucho más amplio y complejo, que se traga todos los aprendizajes para deglutirlos entre muchos otros ingredientes de la vida misma y, por cierto, durante todo el tiempo que la vida dura.

Cada día estoy más convencido del daño que ha causado a la educación este equívoco funesto de confundirla con la enseñanza: "Hay que educar a los niños en la escuela", "educación para esto y lo otro", "de mayores es tarde"... etc. son detectores cotidianos del mismo error. Luego, si lo pensamos bien, reconocemos que nadie educa a nadie, sino juntos (Freire); que nos educamos en muchos más contextos que el escolar; y que, aunque muchos quieren tirar pronto la toalla, la vida no cesa de modelarnos mientras nos dura.

Me gusta resumirlo en una sola frase: *nos educamos juntos al afrontar los desafíos de la vida colectiva.*

Demasiado corta, esta frase tan eficaz soporta varias ambigüedades y necesita algunas precisiones. Por ejemplo, alude al moldeado de la persona —a su formación (*Bildung* en la pedagogía alemana)— como algo inevitable del vivir; un proceso natural, casi completamente espontáneo y, por lo tanto, que se produce en todos los casos, sin necesidad de padres o maestros protagonistas. Cada persona se configura en cada episodio que vive, tanto si afronta responsablemente los desafíos que le alcanzan, como si les da la espalda buscando huir. Bien o mal ya es otra cosa, pero la tentación sería querer acotar y escolarizar algunos aspectos para asegurar la vida entera. En realidad, la gente crece, cambia, se hace y se deshace mientras vive y ése es el *e-ducere de sí* más radical del verbo latino *educare* (intransitivo en este caso) y que otros prefieren derivar de *ducere* (guiar, conducir..., un transitivo como enseñar). De hecho, la vida nos muestra personas bien nacidas, crecidas y florecidas (incluso sin estudios) y otras, muy *mal-educadas* (a pesar de su mucha titulación).

3. Tres dimensiones indispensables en la educación

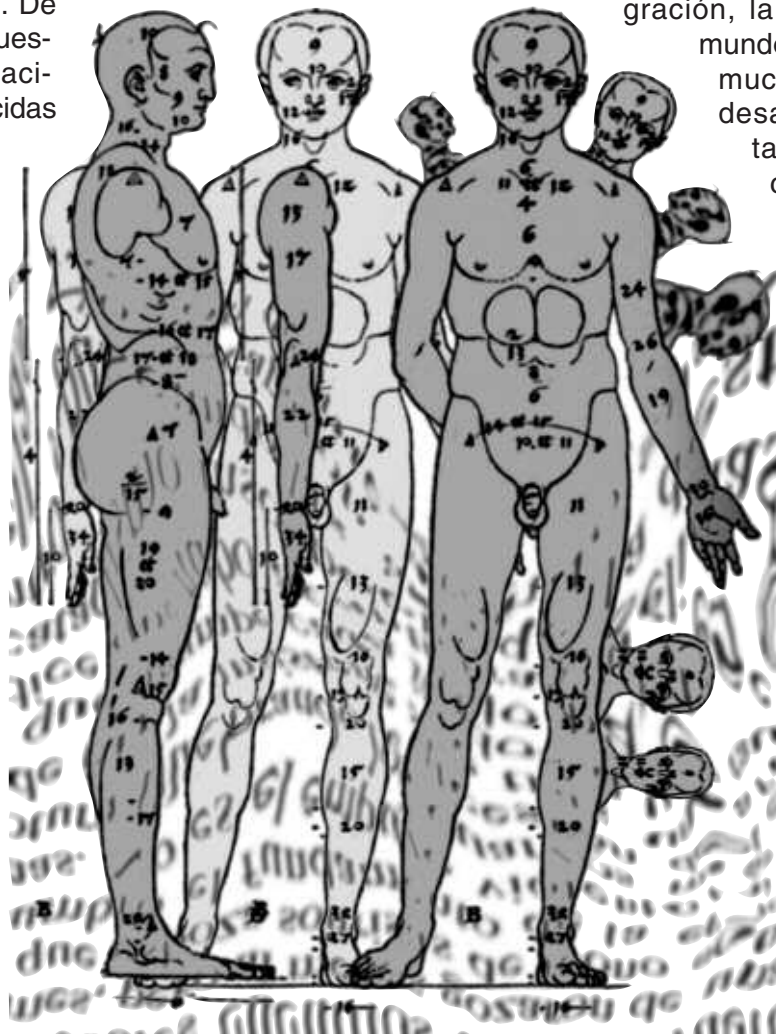
Aunque corta, mi descripción —más que definición— del educar tiene la ventaja de implicar desde el principio tres dimensiones indispensables, raras en la enseñanza. La **social** (afrontar *juntos*), como algo inexorable en la vida, ya que el mayor peso de nuestras res-

puestas depende de nuestro entorno cultural y social. ¡Qué distintos seríamos sólo por haber nacido en un país árabe! (por ejemplo). La dimensión **cognitiva** (*afrontar*) indica que el proceso no es del todo inconsciente, por más que haya realidades imprevisibles (y hasta intempestivas, para el aprendizaje programado, hoy tan de moda). Y la dimensión **moral**, requerida a diario como solidaridad (*vida colectiva*), a pesar de nuestras cercas tribales (como religiones, nacionalismos y clases sociales).

Intervenir en la educación significa acentuar el *juntos* y *dilucidar* los retos que nos afectan con *todos los demás*. Nuestra propia vida no va a quedar al margen, pero esa es la clave de una inmensa satisfacción.

4. Veamos un caso práctico

La sociedad española actual (chicos y grandes) está cambiando, quíéralo o no, en su difícil respuesta a desafíos como la inmigración, la pobreza del tercer mundo, los terrorismos de muchos sitios, etc. Hay desafíos conflictivos y también positivos, como la búsqueda de la justicia, de un buen nivel de vida, del desarrollo sostenible, de la paz, etc. El tono **social** influye más de lo que creemos y, por desgracia, los desafíos los **conocemos** mejor por los medios de comunicación que por la escuela o la familia. La llamada que sentimos y su eco al responder, o no, son de carácter **moral**. Todo ello nos marca y configura. Colaborar en la educación



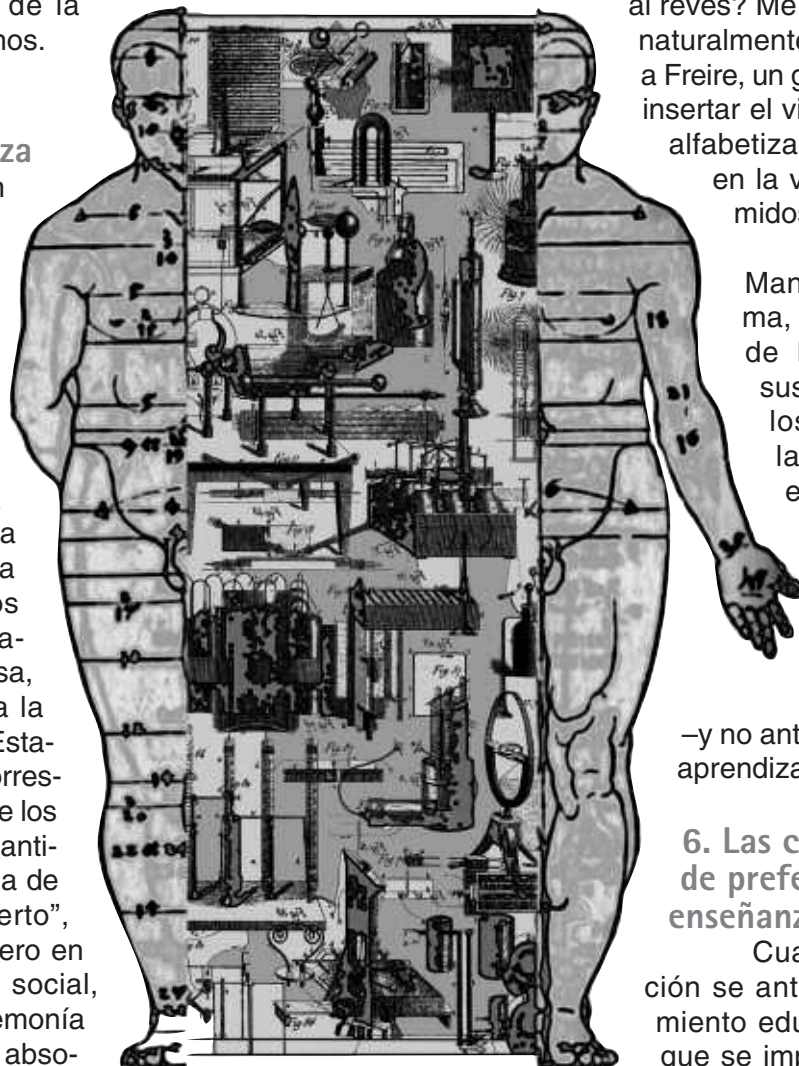
(padres, escuela, universidad, medios de comunicación, instituciones) es incidir ahí.

Sentir como algo **común** los desafíos, hablar de ellos para hacerlos más **cons-cientes** y estudiarlos despacio (con los medios del aula). Sin temor a su tirón **moral** y a nuestra responsabilidad descubierta.

Pero conviene precisar enseguida que esta dimensión moral – social y política – expresada por *afrontar*, no equivale a resolver. La persona no se identifica con su eficacia para solucionar problemas; ni hay que someter la escuela a la estrategia política. Al contrario, disponerse a dar la frente a los desafíos humanos supone muchas veces el coraje del asombro, del aprender a ignorar, de vivir con problemas y en situaciones no resueltas. Mientras Occidente se empeña en cambiar el mundo, el Oriente se esfuerza en comprender su sentido (se ha dicho más de una vez). Lo segundo es propio de la educación que describimos.

5. Relación entre educación y enseñanza

Es obvio que un proceso educativo así no reniega de la instrucción (enseñanza y aprendizaje), pero no se deja absorber por ellos. En Pedagogía hay dos extremos: separar absolutamente las dos realidades, para encomendar a la escuela sólo la instrucción y, a la familia y demás ámbitos sociales, toda la educación. O bien, y a la inversa, encomendárselo todo a la escuela (y, de paso, al Estado). Al primer extremo corresponde el carácter servil de los antiguos preceptores infantiles, así como la proclama de que “la escuela ha muerto”, tan en boga en el 68. Pero en épocas de mediocridad social, como la nuestra, la hegemonía de la escuela parece tan abso-



luta como su incapacidad para educar. Lo corriente es no distinguir ambas funciones y los profesionales de la educación que arreen con los problemas: maestros sobrecargados con una responsabilidad que los supera y padres inhibidos como educadores, o entrometidos en el gobierno de las aulas.

Algunos pedagogos han desarrollado más la educación, aun cuando hablan de escuela y de enseñanza; mientras que otros muchos, sobre todo los didactas actuales, protagonistas en las facultades de Educación, todo lo arreglan con el aprendizaje (y su consiguiente volumen de fracaso escolar). En medio de la crisis, se tiene por progresista la propuesta de instrumentalizar algunos trozos de vida para *motivar* a los alumnos en el aprendizaje del programa clásico. Transmisión pura y dura de conocimientos, destrezas y valores ya programados, pero usando la prensa, los acontecimientos, las visitas, los invitados. Sólo algún maestro ha sido capaz de introducir en la escuela la vida misma.

¿O sería mejor expresarlo al revés? Me refiero a Milani, naturalmente, pero también a Freire, un gigante capaz de insertar el viejo molde de la alfabetización de adultos en la vida de los oprimidos.

Manda la vida misma, la del grupo, la de los alumnos y sus familias, la de los profesores y las suyas y, así, en círculos concéntricos y secantes, la de todos los hombres de la tierra. Y, a continuación

–y no antes– vendrán los aprendizajes.

6. Las consecuencias de preferir la enseñanza

Cuando la instrucción se antepone al crecimiento educativo, es fácil que se impida la toma de

conciencia de muchos desafíos importantes, porque ya se han catalogado de antemano los que se han de resolver (el trabajo, el éxito social, etc. y lo demás no interesa). Surge entonces una educación cerrada, pura ideología.

También es fácil que se supriman, no sólo los vínculos con los compañeros y otras muchas personas del mundo, sino con los propios educadores. Surge así un laboratorio (informático) de aprendizajes, carente de vínculos afectivos. ¡Cuánto se mutila el crecimiento personal de alumnos y profesores!

Y hasta es muy fácil que se ignoren los lazos que nos vinculan a todos los demás. Sólo prevalece una falsa educación individualista (¿personalizada?), cuyo buen expediente académico no es sino salvoconducto egoísta para triunfar.

No podían ser más desastrosas las consecuencias de descuidar nuestro propio crecimiento (colectivo, consciente y moral). Basta profundizar más lo que significa antropológicamente *afrentar desafíos*: una suerte de concientización y de *relación* libremente asumida con el mundo, en su inmensidad y en su misterio. Porque son las relaciones las que nos hacen y nos salvan; ellas configuran nuestro ser personal entero, no sólo adquirir saberes, destrezas e intereses (o valores).

“Tened piedad de vosotros mismos” —escribió Milani a sus colegas sacerdotes en un contexto similar. “¿Cómo queréis que esté satisfecho un adulto culto e inteligente teniendo que pasar la vida entre juegos de muchachos..., discutiendo de fútbol con jovencitos de poca monta?” (*Experiencias Pastorales*, p. 96)

7. Algunos desafíos más urgentes en el mundo de la educación española

Así que lo importante en nuestra formación permanente (profesores y también padres y madres) no es la puesta al día en la especialidad docente (o familiar), sino nuestro ser personal, todavía educándose. Pero subrayo un par de desafíos que hoy irrumpen a traición en nuestra vida profesional y familiar:

¿Qué ha pasado? ¿en qué me engañaron? ¿dónde estaba mi error? Es el primero.

Y el segundo: ¿En qué nos quiere convertir hoy el sistema actual?

Para el primero, pondré un ejemplo: Recién acabada su carrera, le pregunté a un joven y fla-

mante economista qué era la economía. “La habilidad teórica y práctica para aumentar la riqueza de la empresa o del país...”, me respondió. Y me quedé helado, pues yo creía justamente que se trataba de lo contrario: de repartir mejor la riqueza, puesto que los recursos son limitados y son muchos los que tienen que comer más. ¡Toda una carrera había sido realizada sobre un concepto de economía equivocado!

¿No nos ha pasado lo mismo a los profesores? ¿Se trataba de educar o de enseñar? ¿De afrontar desafíos permanentes, o de dar recetas? **Mi propuesta es sencilla:** los centros escolares (desde Primaria a la Universidad) deben tener dos tipos de profesores: los que enseñan y los que, además, provocan educación. Estos últimos (como los padres en casa) estimulan con los desafíos ambientales, aunque no vengan en el libro; y los primeros, también (aunque menos). Los primeros no deben dar respuestas sin asegurarse antes de que todos sienten como propias las preguntas más desafiantes; y los últimos, también (aunque mucho más).

Urge redoblar nuestra energía didáctica, pero en provocar, perturbar, alertar, desasosegar, inquietar... el espíritu de nuestros jóvenes; más que en responder y satisfacer sus demandas.

Para ello hay que conversar sobre la vida real de mucha gente de dentro y de fuera de las aulas; sobre los problemas de todos, sin temor. Hay que escuchar a los inmigrantes que vienen en patera, cuanto antes... y a muchos más. También en las familias hay que recobrar la sinceridad permanente sobre los desafíos colectivos, familiares, del barrio, de la sociedad. Sin miedo a hablar de problemas reales y de esperanzas acuciantes; sin permitir que sea la tele la que siempre tenga la última palabra (además de la primera).

Peor solución tiene nuestro segundo desafío profesional: el sistema actual (da igual izquierdas o derechas en el gobierno) quiere convertirnos a los profesores en enseñantes sincronizados, bajo controles de calidad referidos a programaciones previas, idénticas para todos y hechas, a su vez, en referencia a los puestos de trabajo, es decir, al mercado laboral. El sistema no considera a otros educadores (dentro o fuera de la escuela) ya suplantados por la aldea global. La misma precisamente que hay que denunciar a diario ■